

EL PRÍNCIPE FLOTANTE

Y OTROS CUENTOS
DE HADAS

FRANK R. STOCKTON



INTERZONA

EL PRÍNCIPE FLOTANTE

Y OTROS CUENTOS
DE HADAS





EL PRÍNCIPE FLOTANTE

Y OTROS CUENTOS DE HADAS

TRADUCCIÓN DE LAURA ESTEFANÍA

ILUSTRACIONES DE MARIANA NOBRE

FRANK RICHARD STOCKTON

INTERZONA

INTERZONA

Colección 7/107. Serie Fantasy

Stockton, Frank R.

El príncipe flotante: y otros cuentos de hadas / Frank R.

Stockton; editor literario Laura Estefanía; ilustrado por

Mariana Nobre. - 1a ed. -

Buenos Aires : Interzona Editora, 2025.

192 p. ; 21 x 13 cm. - (7/107)

Traducción de: Laura Estefanía.

ISBN 978-987-790-067-5

1. Cuentos. I. Estefanía, Laura, ed. Lit. II. Nobre, Mariana, ilus.

III. Estefanía, Laura, trad. IV. Título.

CDD 813.9282

The Floating Prince and Other Fairy Tales

Primera edición: Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1881

© Traducción, Laura Estefanía

© Ilustraciones, Mariana Nobre

© interZona editora, 2023

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Título original: *The Floating Prince and Other Fairy Tales*

Textos: Frank Richard Stockton

Traducción: Laura Estefanía

Coordinación editorial: Luciano Páez Souza

Corrección: Mónica Campos

Ilustraciones: Mariana Nobre

Composición de tapa y portadas: Fernando Ozón

Composición de interior: Brenda Wainer

ISBN 978-987-790-067-5

Impreso en China. *Printed in China*

Libro de edición argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

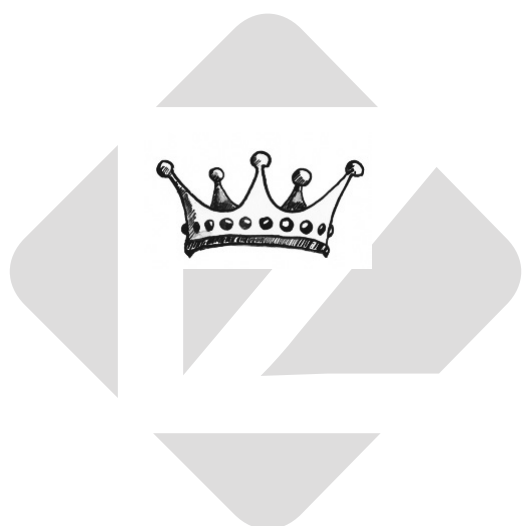
FRANK RICHARD STOCKTON

Frank Richard Stockton (1834-1902), escritor y humorista estadounidense, es considerado el padre del cuento de hadas norteamericano. En el medio anglosajón, es muy famoso por su prolífica obra y sus textos desopilantes, en un principio escritos para niños. Llamativamente, no han sido traducidos al español salvo por una muy escueta selección, la mayoría muy poco difundidos.

El estilo de Stockton se aleja del discurso moralizante de los textos para niños de su época. Se vale del humor y la fantasía para mofarse de debilidades humanas tan “normales” como la avaricia, la violencia o los abusos de poder. Sus relatos, de una vigencia asombrosa, poseen varias capas de significación. Las riquísimas tramas y los gnomos, elfos, gigantes, hadas y demás criaturas que las protagonizan atraparán a los niños, a los jóvenes y, sin dudas, a los adultos, que sentirán también el llamado que los textos lanzan en otros niveles. No es difícil descubrir entre líneas esos guiños que, seguramente, nos arrancarán una mueca de complicidad y una sonrisa de simpatía por el narrador sumamente crítico de su medio social y político.

El español tenía una deuda con este autor tan gigante como aquellos personajes que pueblan su mundo de criaturas extraordinarias.

Aquí, nuestro homenaje.



EL PRÍNCIPE FLOTANTE

Y OTROS CUENTOS DE HADAS

Los intrincados cuentos de *El príncipe flotante y otros cuentos de hadas* fueron publicados originalmente por Charles Scribner's Sons, Nueva York, en 1881. Están estructurados a modo de muñecas rusas. La trama principal se abre a cada paso en una nueva subtrama que nos conduce de la mano por territorios que creemos haber visitado antes. Stockton nos hace sentir que ya estuvimos allí y que conocemos bien a los extravagantes personajes que los pueblan: el pirata arrepentido, el viejo acertijo, las diminutas hadas del país de la mejorana dulce, el hombre negro que viaja en un avestruz, aquel que nunca se quita sus zancos, el gigante enano, el enano gigante y tantos otros.

Como dijo una vez Borges refiriéndose al Quijote, podemos decir nosotros también que realmente creemos en esos personajes y sabemos que Stockton inventó sus aventuras para que pudiéramos conocerlos mejor y nos quedáramos con ganas de saber más de ellos.



EL PRÍNCIPE FLOTANTE





Había una vez un príncipe huérfano llamado Nassime al que habían educado con esmero para que ocupara su lugar en el trono de su país natal. Le habían enseñado todo lo que un príncipe debería saber y los mejores jueces lo consideraban perfectamente calificado para portar una corona y empuñar un cetro.

Sin embargo, cuando llegó a la mayoría de edad y estaba a punto de ocupar su lugar en el trono, un pariente que tenía mucho poder e influencia en el territorio decidió que él mismo sería el rey, de modo que al joven príncipe lo lanzaron al mundo, fuera del reino. El nuevo rey no lo quería en sus dominios y por ello sus consejeros y maestros determinaron que debía convertirse en un “Príncipe Flotante”. Con esto querían decir que debía viajar de un lado a otro hasta que encontrara un reino que necesitara un rey y que estuviera dispuesto a aceptarlo a él como gobernante. Si se presentara esa vacante, podría obtenerla fácilmente.

Lo aprovisionaron entonces con nuevas ropas y una buena espada; colocaron en su equipaje una pequeña corona y un cetro; y se largó en busca de su fortuna lo mejor que pudo.

Cuando el príncipe se alejó de las murallas de su ciudad natal, se sintió muy abatido, aunque era por naturaleza alegre y optimista. No creía que fuera a encontrar ningún país que lo quisiera como gobernante.

—Es una gran tontería —se decía—. Siempre hay muchísimos herederos o usurpadores listos para tomar un trono si está disponible. Si quiero un reino, debo construirlo yo y eso es exactamente lo que voy a hacer. Iré reuniendo a mis súbditos sobre la marcha. La primera persona con la que me encuentre será mi consejero de Estado, la segunda será jefe del Ejército, la tercera será almirante

de la Armada, la siguiente será ministro de Hacienda y luego reuniré súbditos de todo tipo.

Animado por su plan, avanzó alegremente y, justo cuando estaba entrando en un bosque al que lo condujo el camino, escuchó a alguien cantando.

Miró a su alrededor y vio a una pequeña damisela, de unos doce centímetros de altura, sentada sobre una rama en un arbusto en flor, cantando sola. Nassime inmediatamente se dio cuenta de que era un hada y se dijo: “¡Oh! No esperaba un encuentro de este tipo”.

Pero como era un joven audaz y sincero, se le acercó y le dijo:

—Buenos días, señorita hada. ¿Qué le parecería convertirse en consejera en jefe de un rey?

—¡Sería espléndido! —respondió contenta la pequeña hada y sus ojos brillaban de alegría—. ¿Pero dónde está el rey?

—Yo soy el rey —dijo Nassime—, o mejor dicho, lo seré en cuanto pueda organizar mi reino.

Y luego le contó su historia y sus planes. El hada estaba encantada. El plan le parecía perfecto.

—Podrías conseguir un consejero más grande que yo —le dijo—, pero yo sé mucho sobre gobierno. Ya me han gobernado tanto que no pude evitar aprender cómo se hace. Me alegra tener la oportunidad de ofrecerle mi ayuda a un gobernante a otras personas. Seré tu consejera en jefe.

—Muy bien —dijo el príncipe, que estaba muy satisfecho con la pequeña y divertida criatura—. Ahora reclutaremos al resto del reino.

Tomó a la pequeña hada con la mano y la colocó en uno de los pliegues de su faja de seda, donde podía recostarse, como si fuera una hamaca. Luego le preguntó su nombre.

—Mi nombre —respondió— es Lorilla, consejera en jefe del reino de... ¿Cómo llamarás a tu reino?

—Oh, no he pensado un nombre todavía.

—Llamémoslo Nassimia, como tu nombre —dijo Lorilla.

—Muy bien —respondió el príncipe—. Lo llamaremos Nassimia. Eso nos ahorrará problemas y discusiones una vez que el reino ya esté establecido.

Nassime caminaba ahora enérgicamente, hablando y contándole a su pequeña compañera, mientras avanzaba, sobre los numerosos planes que tenía para su futuro reino. De pronto se tropezó con lo que creyó era el tronco de un árbol caído, y luego algo lo elevó rápidamente en el aire, y quedó montado a horcajadas sobre el supuesto tronco, que ahora parecía tener una bisagra.

—¿Y ahora qué? —dijo una voz potente, y el príncipe notó que estaba sentado en la rodilla de un gigante que había estado recostado de espaldas en el bosque.

—No tengas miedo —dijo Lorilla, asomada desde su hamaca—. No te lastimará.

—Discúlpeme —dijo el príncipe—. No lo vi o debí haber sido más cuidadoso. ¿Qué le parecería ser el jefe del Ejército del reino de Nassimia?

—¡Suenan espléndido! —gritó Lorilla.

El gigante lucía desconcertado. No entendía en absoluto de qué estaba hablando el príncipe. Pero cuando Nassime se lo explicó todo, dijo que le parecería muy bien ser el general en jefe del Ejército y que aceptaba el cargo.

Poniéndose de pie, el gigante se ofreció a llevar al príncipe sobre el brazo para que pudieran avanzar más rápidamente, y de este modo viajaron, todos debatiendo, con gran entusiasmo, acerca del esquema del nuevo reino.

Cerca del mediodía comenzaron a tener apetito y entonces se sentaron en un lugar a la sombra, pues el gigante había dicho que tenía algo de comer en una bolsa que llevaba. La abrió y desplegó media docena de gruesas rodajas de pan, dos enormes trozos de carne vacuna, un jamón hervido y como treinta kilos de papas asadas.

—¿Es la comida para todo tu Ejército? —le preguntó Lorilla.

—Oh, no —respondió el gigante, que era un joven con buen apetito—. Traje esto para mí, pero habrá suficiente para ustedes dos. No creo que me lo hubiera terminado.

—Imagino que no. A mí me hubiera durado varias semanas.

—Y a mí mil años —dijo Lorilla.

—Dirían otra cosa si alguna vez crecen hasta ser tan grandes como yo —dijo el gigante sonriendo, mientras le daba un mordisco a la hogaza.

Cuando la comida se terminó, todos se sintieron renovados y ansiosos por conocer al próximo integrante, que se convertiría en almirante o comandante de la Armada del nuevo reino. Durante algún tiempo avanzaron sin ver a nadie hasta que al fin divisaron en un campo a cierta distancia a un hombre sobre zancos. Estaba cuidando ovejas y usaba zancos para poder ver mejor a su rebaño mientras daba vueltas por ahí.

—¡Ahí está el almirante! —déjame que te baje y correré a buscarlo.

Dicho esto, el gigante depositó al príncipe en el suelo y corrió hacia el pastor que, al verlo venir, escapó. Sus zancos eran tan largos que daba pasos enormes y ganaba terreno rápidamente. El gigante, con sus piernas largas, corría veloz, pero tenía muchas dificultades para acercarse al hombre en zancos, que lo eludía haciendo giros en todas direcciones y se desplazaba como una enorme grulla. Las pobres ovejas asustadas se desparramaron por el campo y se escondieron entre los arbustos.

Finalmente, el gigante tomó un impulso potente y, estirando el brazo, atrapó al pastor por uno de sus zancos y, haciéndolo girar sobre su cabeza, profirió un grito de victoria.

El príncipe y Lorilla, que habían estado observando esta persecución con gran interés, lo vitorearon.

—Ahora tenemos un almirante —dijo el hada mientras el gigante se acercaba llevando al pastor en alto, con orgullo—. ¿No te parece que deberías mostrarle tu corona y tu cetro? Debe comprender de inmediato que eres un rey.

De modo que Nassime sacó su corona y su cetro de su bolsa, y luego de emplazar la primera sobre la cabeza, sostuvo al segundo en la mano. Se veía muy majestuoso cuando el gigante se aproximó y colocó al pastor de rodillas frente a él, con los zancos que se proyectaban hacia atrás.

—Me alegro de verte —dijo el príncipe— y en este acto te nombro almirante de mi Armada real.

—¿Almirante? —dijo el pobre hombre asustado—. No entiendo.

—Oh, está bien —dijo la alegre y pequeña Lorilla mientras se deslizaba fuera de la faja del príncipe y corría hacia el pastor—. Tendremos un reino espléndido y ahora estamos reuniendo a los oficiales. Yo soy la consejera en jefe, ese gigante es el jefe del Ejército y queremos que tú comandes la marina. Habrá un salario, luego de un tiempo, y sé que te gustará.

Mientras procedía a explicar todo el asunto al pastor, este perdió el temor y sonrió.

—Estaré muy contento de ser el almirante —le dijo entonces al príncipe, con lo cual el gigante lo puso de pie o, mejor dicho, lo paró sobre sus zancos, que estaban amarrados a los pies y tobillos, y el asunto quedó arreglado. El grupo entonces retomó el camino, el gigante junto al hombre de zancos, el príncipe sobre el brazo del gigante y Lorilla en la faja del príncipe.

—¿Qué otros grandes jefes necesitamos? —le preguntó a Nassime.

—El gran tesoroero real o ministro de Hacienda. Ahí lo veo.

Era cierto. Por un camino en un valle más bajo, avanzaba un hombre. Enseguida todos se entusiasmaron. El gigante y el hombre de zancos querían correr hacia el recién llegado, pero el príncipe no se lo permitió, diciendo que sería mejor acercarse discretamente.

El hombre, que se detuvo al verlos, resultó ser un pescador de almejas, con su herramienta al hombro y una gran canasta en la mano. El príncipe no derrochó muchas palabras con esta persona, que era un hombre muy simple, sino que le explicó brevemente la situación y le dijo que ahora era el ministro de Hacienda a cargo de la tesorería del reino de Nassimia.

El hombre, al ver que no tenía ninguna objeción para asumir el cargo, y que en última instancia podría ser mejor que buscar almejas, se unió al grupo del príncipe, que nuevamente emprendió la marcha.

Esa noche todos durmieron en un palmar luego de preparar una cena con granos de cacao que el gigante y el almirante tomaron de la parte alta de los árboles.

—Bien —dijo el príncipe por la mañana—. Lo que necesitamos ahora es una aristocracia. Con esta clase alta podremos después ocupar los cargos del gobierno.

—Muy cierto —dijo el gigante—. Y también necesitaremos un Ejército. No me siento un general completo sin algunos soldados a mi cargo.

—Y yo debo tener una Armada —dijo el almirante.

—Y debe haber gente común —resaltó el ministro de Hacienda—. Porque necesitaremos algunas personas a las que yo pueda cobrarles impuestos con los cuales llevar adelante el gobierno.

—Tienen razón —dijo Nassime—. Y así será como manejaremos este asunto. Todas las personas que conozcamos hoy serán aristócratas de Nassimia, todas las que conozcamos mañana integrarán el Ejército y todas las que veamos el día siguiente serán reclutadas en la marina. Después, juntaremos gente común hasta que tengamos suficiente.

—Puedo decirles ahora —profirió el almirante— cómo conseguir a muchos aristócratas de una sola vez. Un par de kilómetros más adelante de donde estamos ahora hay una escuela y está llena de muchachos con un maestro canoso. Esos jóvenes serán excelentes aristócratas.

—Nos vendrán muy bien y avanzaremos discretamente y los capturaremos a todos.

Cuando llegaron a la escuela, Nassime, con la corona en la cabeza y el cetro en la mano, tomó su posición en la puerta del frente, el gigante se agachó junto a la puerta del fondo, el ministro de Hacienda se paró junto a una ventana, y el almirante quiso pararse junto a la otra, pero sus zancos eran tan largos que quedó mirando por sobre el techo en lugar de mirar por la ventana.

—¿No es un pozo ese que está ahí? —dijo la pequeña consejera, que estaba trepada a una viña para estar segura—. Si te metes dentro, seguramente tendrás la altura justa.

El almirante se metió en el pozo, que estaba pegado a la casa, y descubrió que le daba la altura justa como para mirar por la ventana.

Cuando estuvieron todos en sus puestos, Nassime abrió la puerta y, dando unos pasos dentro del salón, anunció su cargo y posición y les pidió a todos que se consideraran miembros de la aristocracia de su reino. En el momento en que lo hubo dicho, los muchachos, sorprendidos y asustados, pegaron un salto y se apresuraron hacia la puerta del fondo, pero, cuando la abrieron, allí estaba el gigante en cucullas, con una amplia sonrisa en la cara y las manos abiertas frente a ellos. Entonces giraron y corrieron, unos hacia una ventana y otros hacia la otra, pero en una estaba el ministro de Hacienda sujetando su rastrillo de almejas y en la otra el almirante, mostrando el puño. No había escapatoria –uno o dos habían intentado pasar junto a Nassime y habían recibido un pequeño golpe en la cabeza con el cetro–, así que los niños se apiñaron en el centro del salón y los más pequeños comenzaron a llorar. El maestro estaba demasiado sobresaltado y sorprendido como para decir algo.

Entonces la pequeña Lorilla entró corriendo al salón, trepó a la mesa del maestro y se dirigió al grupo, contándoles acerca del nuevo reino y explicando qué divertido iba a ser esto para todos ellos. Sería como unas largas vacaciones, y aunque su maestro iría con ellos para enseñarles todo lo que debían saber en sus nuevos puestos, no tendría nada que ver con ir a la escuela.

Cuando escucharon que no deberían ir a la escuela, inmediatamente estuvieron de acuerdo con el plan. Algunos incluso salieron para charlar con el gigante. En cuanto al maestro, dijo que, si se llevaban a sus alumnos al nuevo reino, él también iría, pues había prometido a sus padres que iba a cuidarlos.

De modo que, cuando todo estuvo acordado, los alumnos, liderados por el maestro, se alistaron para seguir a Nassime y a sus oficiales. El gigante sacó al almirante del pozo para gran regocijo de los niños y partieron todos de muy buen humor.

La compañía acampó en el linde de un bosque a primera hora de la noche, porque Lorilla dijo que los niños no debían quedarse